





# ISHTANA



Miguel Argüello

ISHTANA



Primera edición: diciembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miguel Argüello

ISBN: 978-84-18544-52-1

ISBN digital: 978-84-18544-53-8

Depósito legal: M-30421-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para aquellos que luchan por hacer de este, un mundo mejor.*





*«En medio de la belleza de un espacio infinito, Sabaseba creó la vida y  
con ella la razón de existir de un pueblo: Isbtana, la Tierra»*

*«El comienzo, según la cultura del pueblo indígena Barí»*



Vereda La Azulita, Municipio de Bucarasica, Departamento Norte de Santander, Colombia, jueves dos de julio de 2015, 11:45 a.m.

—¡No le importaría ir más despacio, por favor! ¡Sea usted un poco más considerado, se lo suplico!

Agobiada, Gabriela reclama comprensión ante los vaivenes a los que le somete un precipitado conductor cada vez que intenta sortear los innumerables desperfectos con los que cuenta la carretera de tierra por la que transitan. El sudor que ya empapa sus ropas, el cansancio y el dolor de su espalda le resultan tan martirizantes, como la ansiedad que le provoca su falta de paciencia por llegar cuanto antes a su destino. Abstraerse de su calvario observando el vasto espectáculo de aterciopelados matices que le brinda el paisaje, es una opción a la que recurre, pero otro brusco volantazo hace que de nuevo se vuelva a exasperar con él, por su temeraria manera de conducir.

—¡Al final conseguirá usted acabar con mi capacidad de aguante! ¡Señor, vaya suplicio!

—¡Disculpe las molestias, señorita Gabriela! ¡Las últimas lluvias han destrozado la calzada, y es imposible sortear uno de estos malditos socavones sin que se nos eche otro encima! —le indica Felipe, joven empleado de la hacienda cafetera «La lebaniega», hacia donde se dirigen.

—Perdóneme Felipe, sé que en parte no es culpa suya, pero si no aminora usted la velocidad, creo que acabaré por vomitar sobre los asientos. Y eso es algo que verdaderamente no me apetece, se lo aseguro —se muestra un tanto áspera—. ¡Procure circular un poco más despacio, y problema resuelto!

—¡Ahí, a su derecha, en el compartimento de la puerta dispone de bolsas! Las solemos llevar por los niños, ¿sabe usted? No quisiera que doña Juliana se moleste por manchar el tapizado del coche. Suele ser muy mirada para esas cosas —cree ofrecer Felipe una solución a sus males mirándola a través del retrovisor. Reflexiva, Gabriela admite estar excediéndose con sus quejas y decide no cogerlas.

El agradable frescor que percibe al abrir la ventanilla, obra a que su irritación disminuya y, más, cuando Felipe reclama su atención para fijarse en la pareja de guacamayos que se cruzan unos metros más adelante. Intenta coger una postura con la que soportar los insufribles dolores de espalda que padece, pero en vano encuentra alivio para su malestar.

—¡Si he aguantado hasta ahora, creo que aguantaré hasta que lleguemos! Lo cual espero hagamos pronto, porque desde que hemos salido esta mañana de la estación de autobuses de Cúcuta, esto no ha dejado de ser una auténtica tortura, ¡créame! —dice tras un largo silencio y, después de cambiar de posición, cierra la ventanilla—. Y si acaso es lo que está pensando, no soy persona de las que suelen protestar por cualquier nimiedad. Pongamos cada uno algo de nuestra parte para que el viaje nos sea a ambos un poco más placentero —muestra empatía al tiempo que se duele de un costado.

—¡No se apure, me hago cargo! —se sincera Felipe—. Tan solo será un instante, ¿lo ve? —le señala un roído mojón de piedra que indica cómo se están adentrando en las instalaciones privadas de la hacienda—. Aunque la finca no deja de ser muy extensa, estamos a menos de cien metros de la casa, no más. Detrás de aquellas plataneras se encuentran las primeras instalaciones del cafetal —dice apuntando hacia un punto en concreto—, y, a poco, la divisaremos al otro lado. Hacía tiempo que no venía usted por acá, ¿verdad?... Algo me dice que lo encuentra muy cambiado, ¿ok? —expone Felipe al advertir su estupor.

Gabriela desearía responder, pero sus palabras se vuelven huecas cuando aprecia el paupérrimo estado que muestran barracones

y establos que van dejando atrás. Instalaciones devastadas que no dan fe de un prestigioso pasado en el que fueran la envidia entre los caficultores de la zona.

A medida que se van acercando a su destino, el nudo que siente en la garganta se acrecienta y, vacilante, comienza a divagar.

—Yo... perdone Felipe, pero... ¿qué demonios ha ocurrido aquí?

—En «La lebaniega» han sucedido cosas de las que es mejor guardarse de hablar, y no es de extrañar que su padre acabase desquiciado porque...

—¿Qué cosas está usted insinuando? —le interrumpe inquieta.

—No quisiera pecar de imprudente, pero se habló mucho sobre las circunstancias en las que murió su señora madre por aquellos que todo lo saben —dice con desprecio—. Aunque, a mi entender, nada de lo que se contó era significativo como para poder atestiguarlo como verdad. Y lo ocurrido con su padre y con aquellos malnacidos que no dejaron de incordiarle, qué decir tiene que nada de ello se pudiera asumir por concluyente como para...

—¡Entonces será mejor que no diga usted nada! —corta molesta—. ¡Habladurías de ignorantes, engañifas para tontos! —termina tajante.

—Siento que mis palabras le hayan podido incomodar, señorita Gabriela, pero, por acá las cosas fueron de mal en peor hasta que un día arrasaron con todo aquello que significaba «La lebaniega» para la comarca. Como apreciará, esto no deja de ser un auténtico desastre...

—¡Santo Dios! —al detener el vehículo frente a una vivienda de dos plantas estilo colonial español, Gabriela queda impactada.

—¡Veo que se ha impresionado! A la vista está que mis intenciones trataban de prevenirla y no falsear una realidad que...

—¡Déjelo estar, Felipe, por favor! —se incomoda Gabriela cuando Felipe pretende justificarse.

Era consciente de que la familia estaba pasando por una mala situación económica, pero la realidad a la que pretende hacerle

corresponsal Felipe, es aún peor de lo que había imaginado. Ni siquiera que gran parte de la fachada se encuentre invadida por una exuberante buganvilla de color rojizo, lo cual desde la lejanía le otorga al edificio un aspecto no tan ruinoso, es capaz de ocultar los desperfectos que observa en el blanco revestimiento de los paramentos una vez baja de nuevo su ventanilla. Los desgarros que como dentelladas muestra la madera de contraventanas, aleros y balconadas, evidencian no ser obra del inherente paso del tiempo y que la insensatez humana es la responsable para que muestre tal deterioro. Un aluvión de preguntas la asalta para las que solo tiene una respuesta, proponerle dar media vuelta y alejarse de este lugar para siempre. Eximirse de un compromiso al que, para su desgracia, no puede renunciar.

—¡Buenos días, señorita Gabriela! ¡Esperamos que el viaje le haya resultado placentero! —una vez se descubre, educado, alguien del grupo de personas entre los que se encuentran varios niños que en fila esperaban su llegada, se adelanta y le abre la puerta del vehículo.

—¡Bienvenida, señorita Gabriela! —resuenan al unísono un coro de angelicales voces mientras una niña de corta edad le ofrece un ramo de flores.

Abrumada por un recibimiento que no esperaba, desciende del vehículo y, después de recoger las flores de manos de la niña, con la que intercambia una confabulada sonrisa, deja caer al suelo una pequeña bolsa de tela en la que carga sus pocas pertenencias, un par de bragas blancas sin estrenar que le ha proporcionado el personal sanitario del hospital en el que ha estado ingresada, y una roída camiseta color caqui, testimonio de un calvario sufrido que marca el devenir de sus días. Mira a su alrededor, y es incapaz de descubrir un solo vestigio, por pequeño que sea, que le haga presumir pertenecer a este lugar. Duda si el respeto que guarda a la memoria de sus padres y abuelos sea suficiente estímulo como para hacerse cargo de lo que aún queda del negocio familiar. No era así como lo enfatizaba en su recuerdo, y se siente desplazada...

## Un año antes, ciudad de Santander, norte de España

Durante ese verano de 2014, se fueron cumpliendo todos y cada uno de los vaticinios que las témporas habían augurado a primeros del mes de junio. Anómalas situaciones meteorológicas que no atendían a patrones establecidos, fueron conjugándose sobre la cornisa cantábrica de la península ibérica, originando una sucesión de precipitaciones que, particularmente a la ciudad de Santander, le otorgaron un aspecto de aparente inactividad no acorde a la época estival. Hasta los más escépticos a este tipo de predicciones locales, hubieron de admitirlas por evidentes. La lluvia, aunque escasa, no daba tregua, y el hartazgo hacía mella entre aquellos que solo buscaban disfrutar de ese ambiente festivo y veraniego que suelen ofrecer otras demarcaciones costeras; climatología benévola, playa, la cañita en el chiringuito, la ración de sardinas asadas acompañadas de una refrescante sangría... Sin lugar a dudas, ese no era el escenario anhelado en el que pretender olvidarse del agobio acumulado durante meses de trabajo, ni de las insufribles rutinas que una vida normalizada puede ofrecer, sin embargo, las ocupaciones hoteleras estaban al completo y ese malestar disminuía notablemente cuando, al llegar la tarde-noche, residentes junto a otro tipo de veraneantes, se resistían a dejarse intimidar por unas gotas de agua y decidían disfrutar de la frenética propuesta de espectáculos callejeros que les ofrecía en su programa la Concejalía de Turismo. Entonces no existió plaza o rincón en la ciudad, en el que no se agolpase un indeterminado número de espectadores embebidos en sus coloridos anoraks y con sus paraguas en la mano, entreteniéndose con las actuaciones de músicos, títeres, cómicos, danzantes y demás representaciones escénicas, que, una vez finalizaban, junto a

los del Festival Internacional, obraban a que la ciudad emergiese de su letargo al generarse una afluencia generalizada hacia las zonas de alterne donde el divertimento se prolongaba hasta altas horas de la madrugada, pues, como suele decirse en la jerga ciudadana: «En las madrugadas de los sábados de verano, Santander se echa dormir una vez el sol se ha levantado». Y precisamente ese sábado, el primero del mes de agosto, el sol tardó en desperezarse y amaneció como ya era una rutina, nublado. Motivo por el que Gabriela diese muestras de un nerviosismo no habitual en ella. Nervios que fueron acentuándose a medida que pasaban las horas y una fina lluvia no dejaba de caer, pero a media mañana las nubes fueron dando paso a algunos claros, y cuando los primeros rayos comenzaron a iluminar la gran carpa bajo la que había acondicionado la mesa, respiró aliviada. Auguraba que la comida de ese día iba a tener mucha trascendencia para el futuro de su familia, y se congratulaba de ver recompensado su compromiso de atraer a la mayor cantidad de invitados que le había sido posible.

Organizar este tipo de eventos a los que solo se podía acceder por invitación personal y entregada en propia mano, era una costumbre ya arraigada en la familia Gutiérrez de Barrientos llegado el mes de agosto, y como aparte de sus amistades más cercanas, entre los asistentes solía encontrarse algún que otro ejecutivo de banca, empresarios de renombre, autoridades en distintas materias a nivel mundial a los que se invitaba beneficiándose de su participación en los cursos de verano de la U.I.M.P.<sup>1</sup>, o políticos que se encontraban de visita por la región, antes de comenzar con el ágape se llevaban a cabo una serie de privadas reuniones, ya concertadas de antemano, en las que entre los interesados se compartía una serie de informaciones a las que solo sus cargos les permitían acceder: Una finca en proceso de expropiación; un local muy preciado en el centro de cualquier ciudad a punto de embargarse; una empresa en riesgo de quiebra con la que en un futuro hacer un buen negocio con su venta; licitaciones a nivel regional o estatal y sus posibles contactos.

---

1. Universidad Internacional Menéndez Pelayo.



En definitiva, y aunque en nada se pudiera tomar de estar fuera de la ley, se valían de esas conversaciones para compartir confidencias de las que se aprovechaban a la hora de calcular riesgos, y que a otros niveles de la sociedad pudiera resultar inalcanzables.

Espaciadamente, pero sin demora, a partir de las doce del mediodía empezaron a llegar los invitados demostrando una puntualidad que había requerido cumplir. Lo cual fue agradeciendo a medida que fueron llegando, pues a las doce y media tenía previsto el comienzo de esas reuniones, y su intención era que estuviesen todos los interesados presentes antes de que la primera de las informaciones se diese a conocer.

Todos aquellos que pretendieron ser partícipes, amablemente fueron conducidos hacia un apartado pues la privacidad era esencial. Una vez hechas las presentaciones, el turno para exponer los asuntos se realizó mediante un sorteo previo a la asignación de una letra que les había ido otorgando por tiempos de llegada que una mano inocente se encargó de sacar de una gran copa de cristal y, casualmente, esa vez le tocó a Víctor Aldana, directivo de una multinacional americana interesada en invertir en empresas españolas.

Uno tras otro de los que tuvieron algo que compartir, fueron revelando sus informaciones, pero poco o nada se interpretó como interesante y enseguida se pasó al aperitivo. Momento en el que se incorporó Daniela, su hermana pequeña, que, especialmente ese día estaba exultante. Se había hecho recoger su rubio cabello con un tipo de trenzas entrelazadas y que a su vez se conformaba en un pequeño recogido por encima de la nuca que dejaba al descubierto un sugerente cuello, y que incitaba a que los varones engarzasen pinceladas de esperanza con cada uno de los estudiados gestos que era capaz de proyectar. Gestos que, ensayados, les privaban de atender a las conversaciones surgidas a su alrededor, al irradiar una luz que cegaba al más enternecedor de los sentidos que algunos adquieren al nacer; el deseo de poseer.

Una leve brisa que procedía del este comenzó a mecer suavemente las hojas de los muchos árboles que circundaban la man-

sión, y lo agradecieron. El calor que ya se dejaba notar, junto al alto grado de humedad que existía, se estaba volviendo asfixiante, y alguno de los invitados optó por quitarse la americana (se exigía etiqueta). Prenda que sin embargo volvieron a colocarse cuando algunas nubes perdidas ocultaron de nuevo el sol, y la sensación térmica disminuyó. Aun así, la situación ambiental era agradable y las conversaciones se desarrollaban con normalidad entre los distintos corrillos que se fueron generando, al tiempo que se picoteaba de las bandejas que los camareros mostraban con su mejor sonrisa.

Aunque tenía una difícil tarea por delante, exhalaba optimismo. Los años que había dedicado a su preparación académica en recursos empresariales, le otorgaban la suficiente confianza como para aventurarse a pronosticar que iba a ser capaz de cumplir con éxito las expectativas que su padre había depositado en ella. Quien precisamente ese verano no pudo viajar y actuar de anfitrión, como era habitual, pues asuntos de importancia le retenían en Colombia. Pero, segura de su capacidad de gestión, ambicionaba alcanzar un buen acuerdo con la persona con quien su padre la había puesto en contacto, Víctor Aldana, aun de no generarle demasiada confianza.

Los manjares y vinos de primer orden que dispuso para el disfrute de los comensales, fue el único tema que permitió tratar, una vez se sentaron, junto a los ecos de sociedad. Otro tipo de conversación, como los de negocios que por mala praxis no hubieran dado el resultado previsto de reuniones pasadas, quiso mantenerlos al margen pues no estaba por la labor de que, el buen tono surgido a raíz de las primeras impresiones sobre la añada descorchada, se avinagrara como consecuencia de un comentario inadecuado por una información no ajustada a realidad o interesada.

La velada trascurría con normalidad mientras disfrutaba de una amena conversación con quien esperaba fuera parte de ese acuerdo al que pretendía llegar, pero hubo un momento en el que, incómoda, estuvo a punto de acercarse hasta su hermana a proponerla que fuera más comedida con sus gestos. Advertía que Víctor no podía dejar de sentirse como un ladrón de instantáneas cada vez

que entrecruzaba alguna que otra mirada furtiva con ella, y ello le originaba cierto recelo que fue incapaz de contrarrestar.

«La ambivalencia de los primeros momentos entre unos futuros amantes, ¿quizá?», se reprochó a sí misma al asumir que solo era consecuencia de una inusual reacción química que Víctor despertaba en ella cuando no le prestaba la atención requerida.

Evidentemente, ese día Daniela estaba muy hermosa hasta el punto de conseguir ser el centro de atención, pero, subjetivamente no todo se puede desarrollar como a uno le gustaría. Fue al acabar los postres cuando, por una torpeza de uno de los comensales que precipitadamente se levantó sin percatarse de que un sirviente retiraba por su espalda trozos de tarta y restos de helado, golpease su bandeja y se derramase sobre su ajustado vestido rojo, aquello que portaba sobre ella. Se acabaron las buenas maneras, la afabilidad, y se mostró tal cual era, colérica y estúpidamente soberbia.

Aunque temía sus extrapoladas reacciones de niña consentida, sin embargo, Gabriela, en una actitud un tanto hipócrita, se limitó a juzgarla con el pensamiento y mantuvo una posición de aparente calma. Entraba dentro de lo medianamente correcto a lo que estaba acostumbrada, y no quiso dar motivo a crear innecesarios comentarios. Guardó silencio hasta que, extrañada, observaba junto al resto de invitados, cómo Víctor, al que apenas nadie conocía pues hasta ese momento se había mostrado un tanto esquivo, se encaraba con su hermana a la que tenían enfrente.

—¿Qué insinúas, cretino? ¿Quién te crees que eres para reprocharme nada? —espetó puesta en pie mientras una de sus sirvientas hacía lo posible por limpiar su vestido.

—¡Te repito, que ese comportamiento no es el más adecuado para tratar a una persona que se está ganando un sueldo honradamente!

—¡Yo trato a mis empleados como me da la gana!

—¡Daniela, haz el favor! —se entrometió Gabriela, incitándola a bajar el tono.

El silencio que se generó en ese instante duró lo que tardó Víctor en dar un último sorbo a su café, y se acercó a ella para realizar un comentario en su oído...

—¡El que dependan de tu dinero para subsistir, no te otorga el derecho a tratarles con tanta bajeza! Tu potestad sobre la vida de los demás, no llega tan lejos. ¡Es una persona que necesita de su trabajo para ganarse el pan de sus hijos, aunque eso, no creo que lo entiendas!

—¡No eres más que un estúpido ignorante! ¡Y si no te gusta lo que digo o dejo de decir, te aconsejo que te largues de mi casa! —le gritó Daniela al tiempo que apartaba de malos modos a la sirvienta. No se lo esperaba. Pensó que Víctor había sucumbido a sus encantos y que su acercamiento se debía a que pretendía halagarla, y su comentario la contrarió. ¡Vaya si la contrarió!

—¡Será un placer! —apuntó Víctor tras dejar la servilleta sobre la mesa sin dejar de observar la ira que sus ojos proyectaban.

—¡Víctor, espera! —alzó la voz Gabriela al ver cómo se dirigía hacia la puerta—. Perdona la impertinencia de mi hermana. Sé que su reacción ha sido inadecuada, pero ruego que no te marches. En el fondo no es más que una chiquillada. No está acostumbrada a que se la contradiga.

—No se la veía tan «chiquilla» cuando le regalaban los oídos. Duele que una persona sea tan inmadura e insustancial como para degradar así a un ser humano y, como suele decirse, el dinero tampoco faculta educación porque de eso anda algo escasa —Gabriela dejó ver una sonrisa complaciente.

Aunque admitía que la desafortunada reacción de Daniela le pudiera causar cierto malestar, a Gabriela la reacción de Víctor le resultaba bastante insólita. No entendía que se mostrase tan afectado por una situación ajena a lo que realmente le había llevado a aceptar su invitación, los negocios.

—¡Perdona! —en ese instante, Víctor recibía una llamada.

—¡Tranquilo, cógelo! —se apartó de su lado.

A pesar de que Víctor puso la mano sobre el auricular, ella entendió que la llamada le estaba afectando. Reflejaba preocupación.

—Trata de confirmarlo. En cuanto sepas algo concreto, no dudes en llamarme, ¿ok? —dijo Víctor antes de colgar para después mascullar un leve improperio.

—Siento que te vayas de esta manera, Víctor —trató Gabriela de disculparse de nuevo ante su silencio.

—No te apures... perdona. No me voy por la discusión... Necesito urgentemente estar mañana a primera hora en Madrid... y necesito tiempo para poner en orden unos documentos que... Permíteme un instante... —se excusaba entrecortadamente mientras nervioso marcaba en su teléfono.

—Espero que no sea nada importante como para que no se pueda posponer tan solo unos minutos —Gabriela sentía estar siendo ninguneada y se mostró irónica.

No es mujer a la que le guste hacerse de rogar ante un hombre, y menos si este no muestra interés en sus palabras. Normalmente es ella quien marca las pautas, y Víctor las estaba trasgrediendo casi todas.

—¡El asunto del billete de avión lo tengo solucionado! ¡Ahora, debo marcharme! —mostró rigidez.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —se interesó Gabriela pensando tener antes una reunión en la que acercar posturas.

—¡A las siete de la mañana! ¿Te viene bien a las cinco en el aeropuerto mientras desayunamos? —indicó Víctor sin dejar de mirar cada movimiento que realizaba Daniela.

—¿Me llamarás cuando vuelvas? —Gabriela dudó un instante y reaccionó de una manera no habitual en ella. En cualquier otra situación, se hubiese dado media vuelta dejándole con la palabra en la boca. Hablarle a una persona mientras no le presta atención, le resulta, no solo de mala educación, sino humillante. Juzgaba estar siendo derrotada por su hermana. Víctor mostraba una obsesiva fijación por ella.

—No sé los días que me llevarán mis asuntos, además, seguramente desde allí salga para Londres y tal vez no pueda... pero... —volvió la vista hacia ella—. Sí, te llamaré... perdona. Quizá no le

falte razón a Daniela y me esté comportando como un estúpido impertinente, lo siento —cambió de actitud—. Debemos revisar y dar por zanjado nuestro acuerdo cuanto antes. Tenemos un enemigo común y ese es el tiempo del que carecemos. ¡Discúlpame!

—¡Tranquilo, no es mi intención agobiarte! En ese caso, que tengas un buen viaje —se despidieron con un tibio apretón de manos pensando que su actitud no estaba acorde.

Antes de cruzar la puerta de salida, Víctor pudo comprobar cómo Daniela no había perdido tiempo en cambiarse, y se dejaba halagar por lo bien que le quedaba su vestido negro.

—¡Estúpida niña consentida! ¡Qué demonios sabrás tú de la vida, descarada! —musitó amargamente.

Gabriela le siguió con la mirada hasta que se subió a su vehículo, una vez se lo acercaron, para después verle dirigirse hacia la salida principal de la finca por el camino de grava al que delimitaban dos filas de setos que los jardineros suelen mantener muy recortaditos.

Mientras parte de los comensales, normalmente sus amistades más cercanas, comenzaron a sortear las parejas para las largas partidas de dominó con las que solían acabar las reuniones, pues el regodeo que se suscitaba al proclamarse vencedor bastaba para salir de la reunión con más ínfulas que si hubieran cerrado un gran negocio, Gabriela se tomó un tiempo prudencial antes de incorporarse a las interesantes tertulias de sobremesa que las precedían. Necesitaba respirar el aire no viciado que le llegaba desde la costa, y prefirió dar un paseo por el jardín buscando esa calma necesaria que le ayudase a relajarse. Conociéndose, era consciente de que, si entraba en ese estado de tensión, el enfrentamiento con su hermana se iba a producir porque estaba harta de su irreflexivo comportamiento. Trascurridos quince minutos, ya cansada de que reclamasen su presencia, comprobó que su intento resultó totalmente inútil, porque...

—¡Tu comportamiento ha sido rematadamente inadecuado por estúpido! ¡No eres más que una mujer escaparate interesada solamente en un estado en las redes sociales! —le reprochó a su her-

mana cuando precipitada se acercó de nuevo a ella—. Es la última vez que dejas en evidencia el buen nombre de la familia, o...

—O ¿qué? —se encaró Daniela—. ¡El estúpido es ese indiscreto amigo tuyo del que ni siquiera sé del porqué de que se le haya invitado! Aunque quizá, sí, ¡espera! ¡Quizás sea porque se te hayan jodido los planes para follártelo hoy como era tu intención! —le echó en cara Daniela tras un duro intercambio de reproches.

Importándole los comentarios que pudiera originar Daniela con sus palabras, la cogió de un brazo y la apartó a un lado de malas maneras.

—Su nombre es Víctor Aldana, y para tu interés, es ejecutivo de una gran empresa con la que papá pretende entablar una serie de acuerdos mercantiles que aliviarán en gran medida nuestra cuenta bancaria. Aunque no quieras enterarte, estamos bajo mínimos y el crédito ya se nos acaba. Por cierto, si no puedes pagártelo con tu propio dinero, intenta no estropear también ese vestido que tengo que devolverlo en la tienda. ¡Sí! No me mires con esa cara. Me han llamado para reclamarme que lo devuelva cuanto antes porque no se fían de que lo vayas a pagar —le reprochó Gabriela antes de darse media vuelta sin esperar su respuesta.

Las palabras de su hermana la hirieron. Le afectaron de tal manera, que Daniela dejó escapar alguna lágrima al tiempo que lamentaba estar siendo excluida una vez más de los problemas que afectaban a la familia, simplemente por no ser una Barrientos.

—¡Una bastarda! Eso es lo que soy —llegó a murmurar con un brillo de ira en los ojos.

Cinco años menor, había dispuesto siempre de las mejores oportunidades para disfrutar de una condición que imaginaba le otorgaba por derecho, proceder de una familia acaudalada. Ropa de diseño, lujosos coches, clubs de golf, tenis, y hasta un yate que se regaló a sí misma el día que cumplió los dieciséis años una vez tuvo acceso a la cuenta bancaria que su padre había puesto a su nombre con el fin de que se costeara en un futuro su formación académica. Y cuya embarcación, gustaba disfrutar con sus amigos

organizando fiestas navegando por la bahía de Cartagena de Indias y playas de alrededor, donde la familia disponía de una casa de veraneo. Saboreaba la vida y de todo se beneficiaba sin importarle otra cosa que su propia diversión, hasta que su padre fuera puesto en aviso de cómo, ante los graves destrozos que había causado junto a sus amigos, estaba siendo retenida por los servicios de seguridad del hotel donde se estaba celebrando el certamen de *miss Universo*. Destrozos de los que tuvo que hacerse cargo después de comprobar el estado de embriaguez que mostraban todos ellos.

Harto de sus devaneos, canceló sus tarjetas de crédito prohibiéndola todo acto que le apartara de acabar sus estudios, pero ella inventaba cualquier pretexto para burlar sistemáticamente la vigilancia a la que era sometida y continuó disfrutando de lo que pensaba que le correspondía.

Con el fin de apartarla de ese mundo de libertinaje del que se jactaba, decidió trasladarla también a España para que cursara una licenciatura en la misma universidad que Gabriela. Estudios que, sin embargo, nunca afrontó con entera dedicación. La vida social de la ciudad santanderina, sobremanera la de las noches de verano, acaparó toda su atención y ello le generaba a Gabriela muchos quebraderos de cabeza al tenerla a su cargo desde que murió su abuelo. Así se lo había solicitado su padre, pero su paciencia había llegado a su fin y aprovechó la discusión de ese día, para hacerla saber sobre las dificultades económicas por las que atravesaban en un intento hacerla entrar en razón. Aun así, Daniela no perdió tiempo para continuar disfrutando de la compañía de aquellos que se excluyeron de jugar y reclamaron su presencia.

Después de resultar ganadora, pues es gran jugadora de dominó y siempre entraba en los planes de quien pretendía llevarse el trofeo, Gabriela se encargó de despedir a los invitados sobre las seis de la tarde. Tenía pensamiento de asistir a la función de las ocho en el Palacio de Festivales, y tras dar un último trago a su copa de wiski, la dejó sobre la mesa ordenando al servicio recogerla. Si existe algo que no puede soportar, es la



impuntualidad en las personas llegando a las funciones una vez han comenzado.

Lentamente se dirigió hacia el interior de la casa con el propósito de subir a su habitación a darse una ducha, cuando el teléfono fijo del salón comenzó a sonar acaparando su atención. Pensando que fuera su padre quien llamaba desde Colombia para interesarse por el resultado de la reunión, hizo intención de acercarse para contestar, pero Daniela se adelantó y, expectante, se quedó sentada en el primer escalón de la escalera. Al ver a su hermana desvanecerse, corrió a socorrerla reclamando ayuda. Al otro lado de la línea telefónica una voz demandaba que se le atendiese y, mientras a Daniela se la recostaba sobre un sofá, recogió el auricular. Con entereza recibía la noticia de que la avioneta de su padre había tenido un accidente y estaba desaparecido. Acongojada, se acercó hasta la terraza que, sobre el promontorio de la avenida de la Reina Victoria cuelga en el vacío y, con la mirada perdida en el puntal de Somo, lloró amargamente mientras las olas que formaba el ferry de Plymouth, que en ese momento entraba en la bahía, morían suavemente en la orilla alisando cada vez que el agua se retraía, la arena de la playa de La Magdalena.

A mediados ya del mes de septiembre, con las cuentas de la empresa bloqueadas, ambas hermanas se sentían incapaces de encontrar una solución satisfactoria a sus problemas económicos y carecían de respuestas para tanta pregunta sobre cómo se había llegado a esa situación. Ni siquiera pudieron pagarse el importe de un billete de avión para llegarse hasta Colombia a interesarse por lo sucedido y tuvieron que conformarse con la versión oficial: La magnitud del accidente inducía a estimar la imposibilidad de que hubiera supervivientes. La jungla lo habría devorado.

Las puertas a las que llamaron, sobremanera las de sus amigos, fueron cerrándose al tiempo que se difundieron los aprietos de liquidez que les apremiaba. Solo les quedaba parte del crédito personal que el director de una sucursal bancaria les otorgó para su propia subsistencia, y este ya se estaba agotando. La orden de em-

bargo por parte de la hacienda colombiana hacia las propiedades, plantaciones y residencias familiares, ya había sido cursada, y no había posibilidad de recurso. Obligatoriamente tendrían que saldar la deuda, o se ejecutaría en un plazo de sesenta días. La ansiedad les asfixiaba.

No comprendían el motivo por el que la extensa fortuna que sus abuelos paternos amasaron por tierras colombianas, y que su padre incrementó una vez se hizo cargo de la empresa, se hubiese dilapidado tan rápidamente. Pensaron estar viviendo una pesadilla de la que en cualquier momento despertarían, pero ese momento nunca llegó. Asumiendo su desgracia, Gabriela cayó en un estado depresivo y estuvo unos días sin querer levantarse de la cama. Todo se le hacía cuesta arriba e incluso dejó de comer hasta que, al despertar de un sueño premonitorio en el que tuvo a Víctor como principal protagonista, juró hacer lo indecible. Recurrir a él a pesar de los muchos recelos que desde un principio le generaba.

Dudaba si su forma de proceder fuera honesta. Se había autopresentado en una convención de empresas familiares en el Ifema<sup>2</sup> de Madrid, y congeniaron hasta el punto de quedar al día siguiente para comer y fue cuando le habló sobre la realidad del pacto al que había llegado con su padre, y que este corroboró con una llamada de teléfono enfatizando sobre la urgencia en la firma de ese acuerdo. Firma que ella pospuso al no estar dispuesta a aceptar una cláusula que en un principio creyó vejatoria.

Aunque la inversión acordada llegaba a ser tan cuantiosa que daría carpetazo a todos los problemas económicos, existía un condicionamiento en el que se amparó pensando en demostrarle a su padre su valía. Víctor pretendía hacerse con el cincuenta y un por ciento de las acciones, y ello le permitiría tomar las decisiones que creyera pertinentes en los consejos de administración. Perder el gobierno de los negocios familiares por una falta de liquidez que creía transitoria, no entraba en sus planteamientos, y le requirió a su padre un tiempo para iniciar una serie de con-

2. Acrónimo de Institución Ferial de Madrid.

versaciones entre sus amistades. Causa, por la que le invitara al primero de los eventos que celebraba ese verano con el fin de mantener una reunión a tres con otro de los invitados, amigo de confianza, al que necesitaba convencer para que se implicara como socio inversor, pero, ajena, Daniela con su comportamiento había trastocado sus planes.

Hizo lo posible por entablar contacto, pero Víctor no daba contestación a sus mensajes ni le devolvía las llamadas y, como último recurso, se desplazó hasta la Torre Picasso de Madrid donde sabía que su empresa tenía una delegación, pero no le ofrecieron la oportunidad de comunicarse con él. Tenían prohibido dar información si no lo había registrado en la agenda de su secretaria personal y, lamentablemente, su nombre no aparecía en ella. Antes de salir del edificio, el encopetado conserje reclamaba su atención mostrándola el intercomunicador interior...

—¿Sí? ¡Ah, hola, Víctor! Sí, en estos momentos estaba saliendo por el portal. ¿Que suba? Está bien.

Aliviada, se introdujo de nuevo en el ascensor y pulsó el botón de la novena planta y, una vez se abrieron las puertas, Marta, la secretaria del despacho con la que había hablado anteriormente, la estaba esperando.

—¡No! No hace falta que se baje —la advirtió al tiempo que introdujo una pequeña llave en una ranura y el ascensor se puso de nuevo en funcionamiento.

Una vez llegaron a su destino, a paso ligero recorrió tras ella los pocos metros de un pasillo y, con la misma llave, la secretaria accionó el sistema de apertura de una puerta por la que accedieron al exterior, donde advirtió cómo Víctor le realizaba señales desde un helicóptero en marcha.

—¡Vamos, sube! Tenemos un avión a punto de despegar en el aeropuerto.

—¡A dónde vamos! —alzó la voz.

—¡A Colombia!

—¿Colombia? ¡No puedo marcharme ahora! ¡Tengo todo mi

equipaje en el hotel! Además, tendría antes que avisar a Daniela, saldar la cuenta de la habitación y...

—¡Comprarás allí lo que necesites! ¡Enviaré a alguien a recoger tus pertenencias! ¡Y por la cuenta, no te preocupes! Por cierto, sí convendría que se lo comunicases cuanto antes a tu hermana. Eso le evitará preocupaciones. Al menos por ahora —fueron las últimas palabras de Víctor antes de tocar en el hombro del piloto mientras ella realizaba la correspondiente llamada.

Si algo no pudo evitar Gabriela a la hora de levantarse, fue acercarse hasta el amplio ventanal de la habitación del hotel InterContinental de Cartagena de Indias en el que se encontraba hospedada, y dejarse acariciar por los primeros rayos del sol mientras, ensimismada, observaba el mar Caribe.

Las cristalinas coloraciones azuladas que en el agua se reflejaban, aparentaban discrepar contra el verde manto que cubría el litoral en un sinfín de acuarelas, las cuales le obligaron a permanecer durante varios minutos recordando la agradable velada que había vivido con Víctor, a pesar de no acabar como hubiese deseado.

Dispuesto a complacerla, pues era un restaurante al que había asistido muchas veces con sus padres y guardaba bonitos recuerdos, estuvieron cenando en «La Mulata», en la zona antigua de la ciudad, para después disfrutar de un interesante paseo escuchando el seductor timbre de su voz confundándose con el romper de las olas durante las casi dos horas que los llevó recorrer los cuatro kilómetros que los separaban del hotel.

Aparte de un viril atractivo, Víctor acreditaba unas cualidades que creyó estar despertándole una serie de anómalas vibraciones jamás percibidas. Su mesura en el trato, prudencia, y la madurez que reflejaba no solo en algunas canas por la zona de las patillas, le infundían un efecto que contrarrestaba esa contrapuesta actitud suya de rechazo hacia los hombres con los que no acababa de conectar. Niños faltos de equilibrio mental, que, carentes de toda sensibilidad, no eran precisamente el estereotipo que ella pretendía para formar una pareja estable. Pero, para su desesperanza, se

difuminaron en el mismo instante que, con un simple apretón de manos, Víctor se despidió a la entrada del recibidor del hotel con un escueto hasta mañana al tiempo que la deseó buenas noches. Esperaba otra reacción por su parte, pero él no hizo amago de ofrecerle otras intenciones.

—Gabriela, tendrás que darle un empujoncito a las feromonas, porque este es de los que piden permiso a «su mamá» antes de decidirse a dar el primer paso —se mofó de sí misma una vez entró en su habitación, y percibió un tipo de soledad diferente al que estaba acostumbrada. Su corazón advirtió que algo le faltaba...

Alarmada, cuando se acercaba hasta la mesita a comprobar la hora, rápidamente se desnudó y se metió en la ducha. Había quedado a las nueve para desayunar, y le quedaban exactamente cinco minutos para presentarse en la cafetería. El primer chorro de agua que golpeaba sobre su nuca, la obligó a dejarse llevar a un estado catatónico durante, al menos, esos cinco minutos de los que disponía si no quería llegar tarde. Achacó al *jet lag*, la parsimonia con la que llevó a cabo su acicalamiento a pesar de llevar ya dos días aterrizada. Quería estar lo más presentable posible, y no dudó en probarse cada vestido que, por orden de Víctor, la casa de modas ubicaba en el vestíbulo del hotel, le había enviado a su habitación.

Pasados cuarenta minutos se presentaba en la cafetería y Víctor no estaba. En un principio temió que le hubiera molestado su retraso, pero una vez se acercó hasta la barra y preguntó, un camarero le entregó una nota y comprendió que sus estimaciones se basaban en simples conjeturas.

—¡Bueno, al menos sé que la puntualidad tampoco es lo suyo! ¡Gracias, esperaré! —dijo una vez la leyó, desestimando desayunar por el momento.

Treinta minutos más tarde, cansada de remirar cada una de las fotografías que colgaban de las paredes y a punto ya de abandonar la cafetería, Víctor se presentaba. Daba la sensación de estar sofocado y, con voz entrecortada...